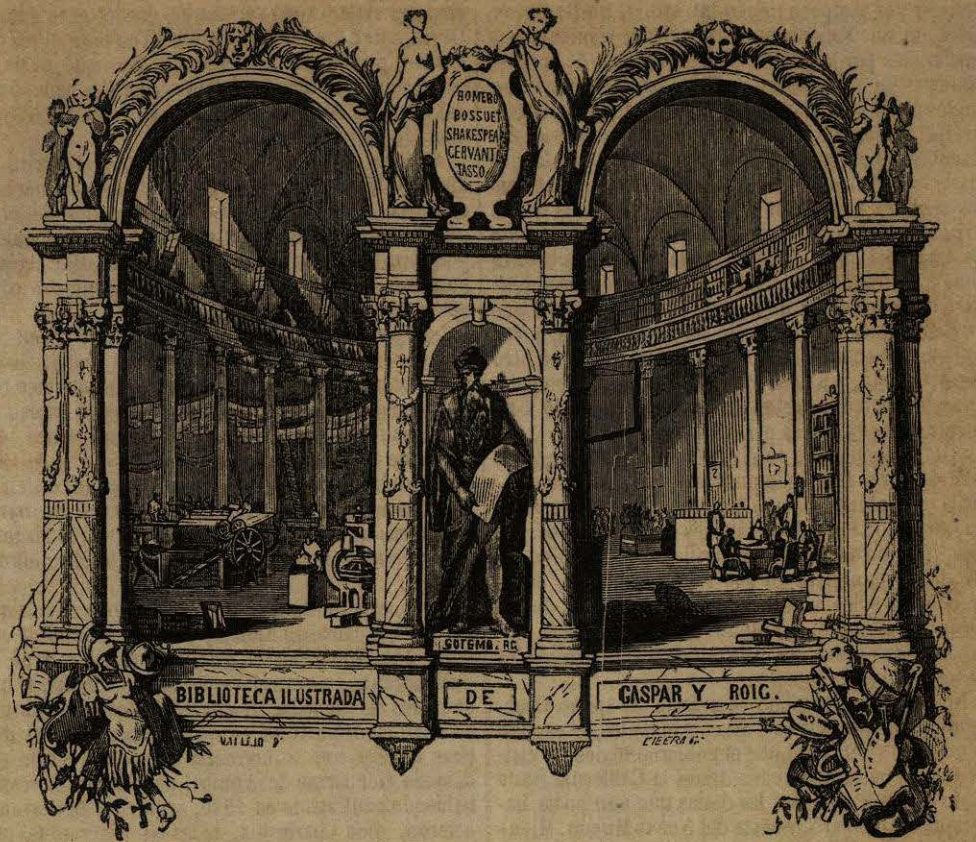


848
Ch.

PAZ 205
A8
A5



MISCELANEAS LITERARIAS

POR

F. A. DE CHATEAUBRIAND.

ALEJANDRO MACKENSIE.

A la inconstancia y á los disgustos del corazon humano deberá acaso atribuirse el interés, que generalmente hablando, inspira la lectura de los *viajes*. Cansados de la sociedad en que vivimos y de los disgustos que nos rodean, nos agrada estraviarnos mentalmente en paises lejanos y entre pueblos desconocidos. Si los hombres que allí nos pintan son mas felices que nosotros, su felicidad nos distrae, si son mas desgraciados, sus males nos consuelan. Pero el interés excitado por la narracion de los viajes, va sucesivamente en disminucion, segun se ha ido aumentando el número de los viajeros: el espíritu filosófico ha desvanecido las maravillas de los desiertos.

Cuando los primeros franceses que pisaron las playas del Canadá hablan de lagos que tienen el aspecto de mares, de cataratas que caen del cielo y de bosques cuya profundidad no se puede sondear, el ánimo se conmueve con mucha mas energía que cuando un comerciante inglés ó un sabio moderno cuenta, que ha penetrado hasta el Océano Pacífico, y que la caída del Niágara no tiene mas que 144 pies de altura.

Lo que ganamos en conocimientos, lo perdemos en sensaciones. Las verdades geométricas han disipado

ciertas verdades de la imaginacion que interesaban á la moral mucho mas que lo que en general se cree. ¿Qué clase de hombres eran los primeros viajeros allá en la pintoresca antigüedad? Eran los legisladores, los poetas y los héroes; eran Jacob, Licurgo, Pitágoras, Homero, Hércules, Alejandro *dies peregrinationis*. Entonces todo era prodigio sin dejar de ser realidad y las esperanzas de aquellas grandes almas se complacian en decir: «¡Tierra inmensa, tierra desconocida!» ¡*Terra ignota, terra immensas!*

Profesamos naturalmente odio á los limites, casi me atreveria á decir que el globo es demasiado pequeño para el hombre, desde que lo ha recorrido en toda su extension. Si la noche es mas favaroble que el día á la inspiracion y á los grandes pensamientos, no es sino porque ocultándonos todo límite, toma el aspecto de la inmensidad.

Los viajeros ingleses y los franceses parecen haberse repartido, como los guerreros de esas dos naciones, el imperio de la tierra y del mar. Nada tienen los primeros que oponer á los Tavernier, Chardin, Parennin y Charlevoix, no pueden presentar un monumento como las *Cartas edificantes*, pero los france-

ses á su vez tampoco tienen un Anson, un Byron, un Cook, ni un Vancouver. Los viajeros franceses han hecho mas por lo relativo al conocimiento de las costumbres de los pueblos: *ὅσα ἴδρα, mores cognovit*; los ingleses han sido mas útiles á los progresos de la geografía universal: *ἐν πᾶσι πᾶσι, in mari passus est*. Participan con los españoles y portugueses de la gloria de haber añadido nuevos mares y nuevos continentes al globo, y de haber fijado los límites de la tierra.

Los prodigios de la navegacion son tal vez lo que da una idea mas elevada del genio del hombre. El alma se estremece, se pasma al ver á Colon sepultarse en las soledades de un Océano desconocido, á Vasco de Gama doblando el cabo de las Desempeñadas, á Magallanes saliendo de un vasto mar para entrar en otro aun mas vasto, y á Cook volando del uno al otro polo, tocando por todas partes los límites del mundo y no encontrando ya mares para sus buques.

¡Qué magnífico no es el espectáculo que ofrece ese ilustre viajero buscando nuevas tierras, no para oprimir á sus habitantes, sino para socorrerlos é ilustrarlos; llevando á los pobres salvajes lo necesario para la vida, jurando amistad y concordia á esos sencillos hijos de la naturaleza en sus risueñas playas, sembrando entre los hielos australes los frutos de un clima mas benigno. é imitando de este modo á la providencia que previene los naufragios y las necesidades de los hombres.

No habiendo permitido la muerte al capitán Cook, terminar sus importantes descubrimientos, el capitán Vancouver se encargó por el gobierno inglés de visitar toda la costa americana desde la California hasta el rio de Cook y disipar las dudas que aun podia haber sobre el paso al Nor-oeste del Nuevo Mundo. Mientras que ese hábil marino desempeñaba su comision con tanto valor como inteligencia, otro viajero inglés habia salido del Alto-Canadá y avanzaba atravesando bosques y desiertos hasta el mar boreal y el Océano Pacífico.

Mr. Mackensie, cuyos trabajos voy á dar á conocer, no pretende la gloria de sabio ni la de escritor. Simple comerciante de pieles entre los indios, no presentó su viaje mas que bajo la modesta forma de diario de su ruta.

El 15 soplaban el viento de Oeste, hicimos cuatro millas al Sur, dos millas al Sudoeste, etc. La corriente del rio era rápida: encontramos un sitio cómodo para puerto; vimos cabañas abandonadas; el pais era fértil ó árido; atravesamos llanuras ó montañas, nevó; mi gente estaba cansada; querian abandonarme; hice una observacion astronómica: etc., etc.

Tales, poco mas ó menos, el estilo de Mr. Mackensie. Sin embargo, algunas veces interrumpe su diario para describir una escena de la naturaleza, ó las costumbres de los salvajes; mas no siempre tiene el arte de dar valor á esas pequeñas circunstancias tan interesantes en las narraciones de nuestros misioneros. Apenas son conocidos los compañeros de sus trabajos: no hay exclamaciones al descubrir el mar, objeto tan deseado de aquella empresa, ni escenas interesantes al verificar su regreso. En una palabra, el lector no navega en la canoa de corteza del viajero, ni participa de sus temores, de sus esperanzas, ni de sus peligros.

Otro defecto todavía mayor se echa de ver en la obra; es sensible que un simple diario de viaje carezca de método y claridad. Mr. Mackensie hace confusamente la exposicion de su asunto. No dice al lector cuál es el fuerte denominado de Chipiougán, de donde parte; no cuenta la altura á que se hallaban los descubrimientos cuando dió principio á los suyos; no explica si el sitio en que se detuvo en la entrada del mar Glacial, es una bahía, ó simplemente una expansion del rio, como hay motivos de creerlo; ni refiere

cómo el viajero tuvo certeza de que el gran rio del Oeste, que denomina Tacoutche-Tesse, es el rio Colombia, puesto que no descendió mas que hasta su embocadura, ni dice finalmente, cómo se halla parte del curso de ese rio marcado en su carta sin haberlo visitado personalmente.

A pesar de esos numerosos defectos, el mérito del diario de Mr. Mackensie es muy grande; pero necesita comentarios, sea para dar una idea de los desiertos que atravesó y comunicar algo de color á la tenuidad y aridez de su narracion, como para ilustrar algunos puntos de geografía. Esto es lo que por nuestra parte nos proponemos hacer.

La España, la Inglaterra y la Francia, deben sus posesiones americanas á tres italianos, *Colon, Góbet, y Verazani*. El genio de la Italia, sepultado bajo ruinas, como los Titanes bajo los montes que habian sobrepuesto, parece despertarse algunas veces para llenar de admiracion al mundo. Hacia el año de 1523 fue cuando Francisco I dió á Juan Verazani órden de ir á descubrir nuevas tierras. Reconoció ese navegante mas de seiscientos leguas de costa á lo largo de la América septentrional, pero no fundó ninguna colonia.

Su sucesor Santiago Cartier visitó todo el pais que los salvajes llamaban Kanata, esto es, *monton de cabañas* (1). Subió por el gran rio que denominó de *San Lorenzo*, y avanzó hasta la isla de *Monreal* que entonces se llamaba *Hoche*. M. Roverval obtuvo en 1540 el vireinato de ese pais y trasportó á él muchas familias con su hermano que por su valor era llamado Gendarme de Annibal por Francisco I; mas habiendo naufragado en 1540, «con ellos se desvanecieron, dice Charlevoix, todas las esperanzas que se habian concebido de formar un establecimiento en América, pues nadie podia creerse mas hábil ó mas afortunado que aquellos valientes expedicionarios.»

Las turbulencias que de allí á poco ocurrieron en Francia, y que duraron medio siglo, no permitieron al gobierno fijar sus miradas en lo exterior. Mas cuando Enrique IV consiguió sofocar las discordias civiles volvió á reproducirse con ardor el proyecto de fundar un establecimiento en el Canadá. El marqués de La Roche se embarcó en 1598 para tentar nuevamente fortuna; pero su expedicion tuvo un fin desastroso. Mr. Chauvin le sucedió en sus proyectos y tambien en sus desgracias. Finalmente, habiéndose encargado hacia el año de 1603 el comendador de Chatte de la misma empresa, confió su direccion á Samuel de Champelaim, cuyo nombre recuerda el del fundador de Quebec y el del padre de las colonias francesas en la América septentrional.

Desde aquel momento los jesuitas se encargaron de proseguir los descubrimientos en lo interior de los bosques del Canadá. Entonces principiaron aquellas famosas misiones que extendieron el imperio francés desde las orillas del Atlántico y los hielos de la bahía de Hudson hasta las playas del golfo Mejicano. El P. *Biat* y el P. *Enemond Masse*, recorrieron toda la Acadia; el P. *José* avanzó hasta el lago Eipissing en el Norte del Canadá; los PP. *Brebeuf* y *Daniel* visitaron los magníficos desiertos de los Hurones, entre el lago de ese nombre, el de Michigan y el de Erie, y el P. *Lamberville* dió á conocer el lago Ontario y los cinco cantones iroqueses. Atraídos por la esperanza del martirio y por la narracion de las desgracias que padecian sus hermanos, fueron viniendo de todas partes otros obreros evangélicos y se esparcieron por todas las soledades. «Con alegría marchaban, dice el historiador de la Nueva Francia, á donde se les en-

(1) Es indudable que los españoles descubrieron el Canadá antes que Cartier y Verazani, y de aquí nace que algunos autores digan que la denominacion *Canadá* proviene de las dos palabras españolas *ACA NADA*.

viaba... cumplimentando la promesa del Salvador del mundo de hacer anunciar el evangelio á toda la tierra.

El descubrimiento del *Ohio* y del *Meschacebé* al Occidente, del lago *Superior* y del de los *Bosques*, así como del rio *Borbon* en la costa interior de la bahía de James al Norte, fueron los resultados de aquellas correrías apostólicas. Los misioneros tuvieron noticia hasta de las *Montañas Pedregosas*, que ellos llamaban de las *pedras brillantes*, que Mackensie tuvo que atravesar para llegar al Océano Pacífico, y del gran rio que debia correr hacia el Oeste, que no es otro que el Colombia. Basta fijar la vista en las antiguas cartas geográficas de los jesuitas, para convencerse de la verdad de esta opinion.

Todos los grandes descubrimientos estaban por consiguiente hechos ó indicados en el interior de la América septentrional cuando los ingleses se apoderaron del Canadá. Al imponer nuevas denominaciones á los lagos, á las montañas, á los rios y á las riberas, ó mas bien dicho, al corromper las denominaciones francesas, nada mas hicieron que introducir un desórden en la geografía. Tampoco está bien demostrado que las latitudes y longitudes que determinaron en ciertos puntos sean mas exactas que las fijadas por los sabios misioneros franceses (1). Para formarse una idea clara del punto de partida y de los viajes de Mr. de Mackensie, es preciso tener bien presentes las observaciones que vamos haciendo.

Los misioneros franceses y los que habian recorrido el Canadá, extendieron los descubrimientos hasta el lago *Ouinipic* ó *Ouinipigon* al Oeste, y hasta el de *Assinibois* ó *Cristinales* al Norte. El primero de estos debe ser el que Mr. Mackensie denomina *lago del Esclavo*.

La compañía anglo-canadiense, dedicada al comercio de las pieles, estableció una factoría en Chipiougán, junto á un lago llamado de las *Montañas*, que se comunica con el del Esclavo por medio de un rio. De este lago sale tambien otro rio caudaloso que corre hacia el Norte y al cual Mr. Mackensie dió su propio nombre. El rio Mackensie desemboca en el mar del polo, á los 69° 14' de latitud septentrional, y á los 135° de longitud Oeste, segun el meridiano de Greenwich.

El descubrimiento de este rio y su navegacion hasta el Océano Boreal, constituyen el objeto del primer viaje de Mr. Mackensie. Habiendo salido del fuerte de Chipiougán el 3 de junio de 1789, regresó al mismo punto en 12 de setiembre.

En 10 de octubre del 1792, volvió á partir para verificar un segundo viaje. Dirigiendo su curso al Oeste, atravesó el lago de las *Montañas* y subió por un rio llamado *Oungigah*, ó rio de la Paz, que nace en las *Montañas Pedregosas*. Otro caudaloso rio, descendiendo de la vertiente opuesta de las mismas, avanza hacia el Oeste y se pierde en el Océano Pacífico. Ese rio se llama *Tacoutche-Tesse*, ó rio Colombia.

El reconocimiento del rio de la Paz en el de Colombia, la facilidad de la navegacion de este último, por lo menos hasta el sitio en que Mackensie dejó su canoa para ir por tierra al Océano Pacífico, fueron los resultados de esta segunda expedicion. El viajero tardó once meses en llevarla á cabo.

Es preciso tener presente que el rio de la Paz, saliendo de las *Montañas Pedregosas* para desembocar en un brazo del lago de las *Montañas*, que verificándose la comunicacion de este con el del Esclavo, por

(1) Mr. Arrowsmith es en la actualidad el geógrafo mas distinguido en Inglaterra: si se toma su gran carta de los Estados- Unidos y se compara con las últimas cartas de Imley, se advertirá una prodigiosa diferencia, sobre todo en la parte que se extiende entre los lagos del Canadá y el Ohio; las cartas de los misioneros, por el contrario, se aproximan mucho á las de Imley.

medio de un rio que tiene la misma denominacion, y que derramando el lago del Esclavo á la vez sus aguas en el Océano Boreal por el rio Mackensie, resulta que esos tres rios no son mas que uno solo, que naciendo en las *Montañas Pedregosas* al Oeste, se precipita en el mar del polo al Norte. Partamos ahora con el viajero y descendamos con él por el rio Mackensie hasta ese mar hiperbóreo.

«El miércoles 3 de junio del 1789, á las nueve de la mañana, salí del fuerte Chipiougán, situado en la costa meridional del lago de las *Montañas*. Iba embarcado en una canoa de corteza de álamo blanco, y llevaba de guías un alemán y cuatro naturales del Canadá, de los cuales dos iban con sus mujeres.»

«Un indio, que tenia el titulo de jefe inglés, me seguia en otra canoa con sus dos mujeres, y otros dos indios jóvenes, compañeros suyos, le acompañaban en otra pequeña canoa. Los salvajes se habian comprometido á servirme de intérpretes y de cazadores. El primero de ellos habia acompañado en otro tiempo al jefe que condujo á Mr. Hearne al rio de las *Minas de cobre*.»

Mr. Mackensie atraviesa el lago de las *Montañas*, entra en el rio del Esclavo, que le conduce al lago del mismo nombre, bordea la parte septentrional de ese lago, y encuentra por fin la embocadura del rio Mackensie.

«El curso del rio toma direccion hacia el Oeste en un espacio de veinte y cuatro millas: su lecho se va estrechando gradualmente, y concluye por no tener mas que media milla de ancho.»

«Desde el lago hasta ese punto, las tierras de la orilla del Norte son bajas, y están cubiertas de árboles; en las del Sur se nota mas elevacion y menos frondosidad... En ellas vimos muchos árboles derribados y ennegrecidos por el fuego, en medio de los cuales se elevaban otros nuevos que habian brotado desde el incendio. Sucede una cosa muy digna de atencion, y es, que cuando el fuego devora un bosque de abetos y álamos blancos, se reproducen espontáneamente álamos negros, aunque antes no hubiera ninguno de esa especie.»

Los naturalistas podrán verificar la exactitud de Mr. Mackensie, pues en Europa todo lo que no armoniza con nuestros sistemas, se reputa como ignorancia ó como sueño de la imaginacion, mas lo que en realidad ningun sabio puede negar, ni el arte acertaria á pintar, es la hermosura de la corriente de los rios en las soledades del Nuevo-Mundo. Figúrese el lector un rio inmenso atravesando los mas espesos bosques; píntese en la imaginacion los frondosos árboles que coronan sus márgenes: encinas-sauces, derribadas por el peso de los años, bañando en las aguas su poblada cabeza; plátanos de Occidente reflejándose en las ondas con las ardillas negras, y los armiños blancos, que trepan por sus troncos ó saltan entre sus lianas: sicomoros del Canadá reunidos en grupo; álamos de Virginia elevándose solitarios y formando móviles avenidas. Tan pronto un rio, saliendo del fondo de un desierto, viene á formar con el que se está navegando una enrucijada de pomposa frondosidad, una magnífica confluencia; tan pronto aparece una estrepitosa catarata que entapiza el costado de los montes con azulados velos. Las orillas huyen, serpentean, se ensanchan y se angostan; aquí se ven rocas suspendidas sobre ellas; mas allá jóvenes árboles, cuyas copas están niveladas con el suelo que los sustenta. Por todas partes reinan murmullos indefinibles; hay ranas que mugen como toros, otras que viven el hueco de troncos carcomidos, cuya no interrumpida vocinglería imita en cierto modo el sonido de la campanilla de una oveja y el ladrido de un perro: el viajero, agradablemente engañado en medio de aquellos sitios salvajes, cree estar cerca de la cabaña de un labrador y oir el ruido que produce la

marcha del ganado. Vastas armonías resuenan súbitamente á la menor agitacion del viento, llenando la profundidad del bosque con un coro universal de Hamadriadas; mas no tardan esos conciertos en irse debilitando hasta morir gradualmente en la cima de todos los cedros y de todas las cañas, de manera que el viajero no puede á punto fijo decir el momento preciso en que tales rumores se pierden en el silencio, ni si están todavía durando ó no existen ya mas que en la imaginacion.

Mr. Mackensie, descendiendo por el rio, no tardó en encontrarse con salvajes de la tribu de los Indios-Eslavos, que le dijeron que mas abajo, siguiendo el curso del mismo rio, encontraria otros llamados Indios-Libres, y mas allá al acercarse al mar, la tribu de los Esquimales.

«Durante el poco tiempo que permanecemos entre esa pequeña tribu (de los Indios-Eslavos), los salvajes procuraron divertirnos bailando al son de su voz... Saltaban y tomaban diversas actitudes... Las mujeres dejaban colgar sus brazos como si no hubieran tenido fuerzas para moverlos.»

Los cantos y las danzas de los salvajes siempre tienen algo de melancólico y voluptuoso. «Unos tocan la flauta, dice el P. Testre, otros cantan y forman una especie de música que en su concepto tiene bastante dulzura.» Segun Lucrecio, antes que dulces versos acompañados de la lira llegaran á encantar el oído humano, se procuraba imitar con la voz el gorgojo de las aves.

Atque liquidas avium voces imitatore
Ante fuit multo quam lævia carmina cantu
Concelebrare homines possent, auresque juvare.

Alguna vez se encuentran un pobre indio, cuyo cuerpo está del todo encorvado por el exceso de trabajo, y un cazador que no respira sino alegría. Si llegan á danzar juntos, hay ocasion de advertir un maravilloso contraste: el primero se endereza y agita con inexperada voluptuosidad, en tanto que el segundo entona cantares llenos de tristeza. Las jóvenes en sus danzas parecen querer imitar las graciosas ondulaciones de los álamos de su desierto, y los hombres el melancólico murmullo del aire que se agita entre su frondosidad.

Quando se ejecutan esas danzas en la margen de un rio en la profundidad de los bosques, cuando ecos desconocidos repiten por primera vez los suspiros de una voz humana, y el oso del desierto está contemplando desde la cresta de una roca esas diversiones del hombre salvaje, no puede menos de encontrarse grandiosidad, hasta en la misma rudeza del cuadro, enterenciéndose al considerar el destino de aquel hijo de la naturaleza, que nace desconocido del mundo, danza un momento en los valles por donde no volverá á pasar, y oculta por último su tumba bajo el musgo de sus desiertos que ni siquiera conserva la huella de sus pasos: ¡ *Fuisse quasi non essem!*

Al pasar bajo unas montañas estériles, el viajero desembarcó y trató de subir con uno de sus cazadores á una roca escarpada.

«Mas apenas nos hallábamos á medio camino de la cima, cuando nos vimos acometidos de una tan gran cantidad de mosquitos, que no nos fue posible pasar adelante. Noté que la cadena de montañas terminaba en aquel punto.»

Cuatro cordilleras de montañas forman las cuatro grandes divisiones de la América septentrional.

La primera que, partiendo de Méjico y no siendo realmente mas que una prolongacion de la cordillera de los Andes, atraviesa el istmo de Panamá, se extiende del Mediodía al Norte á lo largo del gran mar del Sur, disminuyendo siempre de elevacion hasta el rio de Cook, es la que Mr. Mackensie atravesó con el

nombre de *Montañas Pedregosas* entre el origen del rio de la Paz y el Colombia al dirigirse hácia el Océano Pacífico.

La segunda principia en los Apalaches, en el borde oriental del Meschacebé, se prolonga al Nordeste con los diversos nombres de Alleganis, montañas azules, montañas de los laureles por detrás de las Floridas, la Virginia, la Nueva-Inglaterra, y va por el interior de la Acadia á terminar en el golfo de San Lorenzo, dividiendo las aguas que caen en el Atlántico de las que aumentan el curso del Meschacebé, el Ohio, y los lagos del Canadá inferior.

Es de creer que esta segunda cadena bordeaba en otro tiempo al Atlántico y le servia de barrera, asi como la primera está bordeando aun el Océano Indico. Probablemente no principiaria el antiguo continente de América sino detrás de estas montañas. Por lo menos los tres diversos niveles de terreno, tan regularmente marcados desde las llanuras de la Pensilvania hasta las sábanas de las Floridas, parecen indicar que ese terreno fue en diversas épocas cubierto y abandonado por las aguas.

En frente de la orilla del golfo de San Lorenzo (á donde, como ya se ha dicho, esta segunda cadena viene á terminarse,) se levanta sobre la costa del Labrador otra casi tan larga como las dos anteriores. Extiendese por de pronto al Sudoeste hasta el Outaonas, formando la doble corriente de rios que se precipitan en la bahía de Hudson, y de los que pagan el tributo de sus aguas al golfo de San Lorenzo. De aquí, volviendo al Noroeste, y extendiéndose á lo largo de la costa septentrional del lago Superior, llega al lago de Santa Ana y forma una bifurcacion al Sudoeste y Noroeste.

Su brazo meridional pasa al Sur del gran lago Oninipic, entre la pantanosa ribera de Albaine, en la bahía de James, y las fuentes de donde sale el Meschacebé para dirigirse al golfo Mejicano.

Su brazo septentrional, tocando con el lago del Cisne, la factoría de Onasburgk, y atravesando el rio de Severn, llega al del puerto de Nelson, pasando al Norte del lago Oninipic, y por último viene á enlazarse con la cuarta cadena de montañas.

Esta, de menos extension que las demás, nace en las márgenes del rio Susfzatchionayne, se despliega al Nordeste entre el rio Etan y el Churchill, se prolonga al Norte hasta los 57° de latitud, y se divide en dos brazos, de los cuales uno prosigue extendiéndose hácia el Septentrion y llega á las costas del mar Glacial, en tanto que el otro, avanzando hácia el Oeste, llega á encontrarse con el rio de Mackensie. Las nieves eternas de que estas montañas están cubiertas, alimentan por la una vertiente los rios que descienden al Norte de la bahía de Hudson, y por la otra los que se pierden en el Océano Boreal.

A una de las cimas de esta ultima cadena fue á donde Mr. Mackensie quiso subir con su cazador. Los que no hayan visto mas que los Alpes ó los Pirineos, no pueden formarse una idea del aspecto de aquellas soledades hiperbóreas, de aquellas regiones desoladas donde, como inmediatamente despues del diluvio, se ven *raros animales errantes por montes desconocidos.*

«Rara per ignotos errant animalia montes.»

Nubes, ó mas bien dicho espesas nieblas, humean sin cesar alrededor de la cima de aquellos desiertos montes. Algunas rocas, batidas por eternas lluvias, destacan entre esos blanquicos vapores sus negras sinuosidades, y por su inmovilidad se parecen á unos fantasmas que se contemplan mutuamente en medio de un espantoso silencio.

Entre las gargantas de esas montañas se ven profundos valles de granito, revestidos de musgo por en-

tre el cual se precipita algun torrente. Pinos raquícos, de los llamados *spruce* por los ingleses, y pequeños estanques de agua salina, lejos de variar la monotonía de aquel cuadro, aumentan su uniformidad y tristeza. No se oye en estos sitios mas que el extraordinario grito del ave de las tierras boreales. Mas, como para consolar al viajero, é impedir que se olvide de aquella providencia que sabe derramar gracias y perfumes, aun en medio de tan desoladas regiones, no es extraño que alguna vez entre los frambuesos que crecen, al abrigo de una roca se vea una hermosa pareja de cisnes meciéndose en las verdosas aguas de algun estanque.

La escena no se presenta en todo su selvático terror sino en la misma orilla del Océano. Por una parte se extienden vastos campos de hielos, contra los cuales se estrella un mar sin color, donde jamás ha aparecido ninguna vela, y por la otra se levanta un terreno bordeado de colinas estériles. A lo largo de la playa no se ve mas que una larga sucesion de bohías azoladas y de promontorios borrascosos. Al llegar la noche, el viajero tiene que refugiarse en el hueco de la roca, desalojando de ella á algun águila marina que al desplegar las alas interrumpe el silencio con amenazas graznidos. Nada se oye mas durante toda la noche, que el espantoso rumor del viento, repetido por los ecos de la caverna y el crujir de los hielos que se entreabren en la playa.

Mr. Mackensie llegó el 12 de julio de 1789 á las inmediaciones del Océano Boreal, ó mas bien á una bahía helada, donde vió ballenas y notó que el flujo y reflujo se dejaban sentir. Desembarcó en una isla, cuya latitud marcó á los 69° 14' Norte, y este fue el término de su primer viaje. Los hielos, la falta de víveres, y el desaliento de sus compañeros, no le permitieron bajar hasta el mar, del cual indudablemente no debía hallarse lejos. Hacia ya largo tiempo que el sol no tenia ocaso para el viajero; Mr. Mackensie lo veia girar pálido y triste alrededor de un cielo helado.

Miserable they
Who, he entangled in the gadhring ice
Take their last look of the descending sun!
While, full of death, and fierce with tenfold frost,
The ong, long niht, in cumbert o'er their head,
Fall horrible.

(Infeliz de aquel que detenido por el hielo crecientemente sigue con sus últimas miradas al sol que se hunde bajo el horizonte, en tanto que llena de escarchas y llena de muerte la noche, la larga noche que estaba suspendida sobre su cabeza, descendié horrible!)

Al dejar la bahía para volverse á remontar por el rio al fuerte de Chipiouyan, Mr. Mackensie pasó por delante de cuatro campamentos indios que al parecer acababan de ser abandonados.

«Abordamos, dice el viajero, á una pequeña isla redonda, muy cercana á la orilla oriental, donde al parecer había alguna cosa sagrada para los indios, puesto que en el sitio mas elevado se veian muchos sepulcos. Allí encontramos una pequeña canoa, artesas, vasijas y otros utensilios que habian pertenecido á los que ya no podian servirse de ellos, y que en estas regiones constituyen las ofrendas que se acostumbra hacer á los muertos.»

Mr. Mackensie habla con frecuencia de la religion de esos pueblos y de su veneracion á las tumbas. Por consiguiente, mientras que un miserable salvaje bendice á Dios sobre los hielos del polo y saca de su propia miseria esperanzas de otra vida, el hombre civilizado reniega de su alma y de su creador bajo un cielo benigno y en medio de todos los dones de la providencia.

Así es como hemos visto y los habitantes de aque-

las regiones bailar junto al nacimiento del rio, cuyo curso nos ha trazado el viajero, y ahora encontramos sus tumbas cerca del mar, en la embocadura de aquel mismo rio, manifiesto amblema del curso de nuestros años, desde las fuentes de alegría en que se sozó nuestra niñez hasta el océano de la eternidad en que nos hemos de abismar. Esos cementerios indios muy comunes en los bosques americanos son unos espacios ó pequeños recintos despojados enteramente de árboles. Ese terreno está enteramente erizado de montecillos ó prominencias de forma cónica, y con los esqueletos humanos que reposan bajo el césped suelen encontrarse mezcladas tal vez osamentas de búfalos y otros animales. En alguno de esos recintos he visto un solitario pelicano inclinado sobre un monton de huesos blancos y medio cubiertos de musgo, que por su silencio y ademan pensativo parecia un anciano salvaje llorando y meditando sobre aquellos despojos. Los hombres que en aquellos bosques se dedican al comercio de pieles, se aprovechan de esos terrenos medio desmontados por la muerte para depositar en ellos al paso diversas clases de semillas. De aquí resulta que algunas veces el viajero se encuentra impensadamente con una colonia de vegetales europeos con su aspecto, su trage extranjero y sus costumbres domésticas, en medio de las plantas nativas y salvajes de aquel clima lejano. Tambien acontece que aquellos vegetales emigran á lo largo de las colinas, y se esparcen al través de los bosques segun la inclinacion y afinidades que han traído de su suelo nativo. Asi es como las familias desterradas eligen con preferencia en el desierto los sitios que mas les recuerdan su patria.

Mr. Mackensie regresó por fin el 12 de setiembre de 1789 al punto de donde habia partido despues de una ausencia de ciento dos dias. Voy ahora á dar cuenta de su viaje al Océano Pacífico, á demostrar lo que las ciencias y el comercio ganaron en los descubrimientos de aquel intrépido viajero, y lo que falta todavía que hacer para completar la geografía de la América septentrional.

He hecho ya notar que el rio de la Paz, el rio del Esclavo, y el rio de Mackensie, no son mas que un solo rio que nace en las Montañas Pedregosas, al Oeste, y se lanza al Norte en los mares del polo. Descendiendo por ese rio Mr. Mackensie, descubrió el Océano Boreal, y remontándolo es como llegó al Océano Pacífico.

En 10 de octubre de 1792, tres años despues de su primer viaje, Mr. Mackensie salió por segunda vez del fuerte de Chipiouyan, atravesó el lago de las Montañas y entró en el rio de la Paz. Navegó por él durante unos veinte dias y en 1.º de noviembre llegó á un sitio donde se propuso construir una cabaña y pasar el invierno. Empleó toda la estacion de los hielos en comerciar con los indios y en adquirir noticias acerca de su viaje.

«Entre los salvajes que vinieron á visitarme habia dos indios de las Montañas Pedregosas... pretendian ser los verdaderos y únicos indígenas del país que habitaban, y decian que el terreno que se extendia al otro lado de aquellas, presentaba, asi como la margen elevada del rio de la Paz, el mismo aspecto que el sitio en que me habia establecido; que el país estaba poblado de animales, pero que la navegacion del rio estaba interrumpida cerca de las montañas y en ellas mismas por multiplicados escollos y grandes cascadas.»

«Me dijeron tambien que por la parte del Mediodía se encontraba otro rio caudaloso que corria hácia el Sur, y á cuya orilla podia llegarse en poco tiempo atravesando las montañas.»

«En 20 de abril (1793, el rio estaba aun cubierto de hielos. En la otra orilla se veian risteñas llanuras; los árboles empezaban á cubrirse de verdura, y muchas plantas estaban en la inflorescencia.»

Lo que en la América Septentrional se llama *gran deshielo*, ofrece á los ojos del europeo un espectáculo no menos pomposo que extraordinario.... En los primeros quince días del mes de abril las nubes que hasta entonces venían rápidamente del Suroeste, se detienen poco á poco en el horizonte y andan algún tiempo flotando como indecisas de la dirección que han de tomar. El colono sale entonces de su cabaña y atravesando sus tierras cultivadas, va á examinar el desierto. No tarda en oírse un grito: *Hé aquí la brisa del sudeste*. Al instante un viento tibio baña vuestras manos y rostro, y las nubes empiezan á declinar lentamente hácia el Septentrion. Ese es el momento en que todo cambia en los bosques y en los valles. Los ángulos prominentes de las rocas son los primeros que se dejan ver sobre la uniforme blancura de las escarchas; en seguida aparecen las rojizas cabezas de los abetos, y precoces arbustos reemplazan con festones de flores los cristales de hielo que estaban pendientes de su cima.

La naturaleza al aproximarse el sol va entreabriendo gradualmente su velo de nieve. Los poetas americanos podrán algún día compararla con la nueva esposa, que tímidamente y á despecho, se va despojando de su túnica virginal, recatando en parte ó procurando recatar sus encantos al esposo.

Entonces es también cuando los salvajes, cuyos desiertos iba M. Mackensie á visitar, salen alegremente de sus cavernas. Así como á las aves de aquellos climas, el invierno las había reunido en bandadas, y la primavera las vuelve á dispersar: cada pareja regresa á su solitario bosque á construir nuevo nido y cantar nuevos amores.

Esa estacion que todo lo pone en movimiento en los bosques americanos, dió la señal de partida á nuestro viajero. El jueves, 9 de mayo de 1793, M. Mackensie se embarcó en una canoa de corteza, con siete canadienses y dos cazadores salvajes. Si desde el márgen del río de la Paz, hubiera podido ver lo que en aquellos momentos sucedía en Europa, en una gran nación civilizada, la misera cabaña de esquimal le hubiera parecido preferible al palacio de los reyes, y la soledad al trato de los hombres.

El traductor francés del viaje de Mackensie, observa que los compañeros del comerciante inglés, eran todos, menos uno, oriundos de Francia. Los hijos de este país se acostumbran fácilmente á la vida salvaje y son muy queridos de los indios.

Cuando en 1729 el Canadá cayó en poder de los ingleses, no tardaron los indígenas en aperebirse del cambio ocurrido en sus huéspedes.

«Los ingleses, dice el P. Charlevoix, no supieron en el poco tiempo que fueron dueños del país, captarse el afecto de los salvajes; los hurones no se presentaron en Quebec, y hasta los que hallándose más inmediatos á esa capital se habían declarado por algún resentimiento particular enemigos nuestros, al aproximarse la escuadra inglesa se abstuvieron de presentarse con frecuencia. Todos quedaron bastante sorprendidos cuando al querer tomarse con los reciénvenidos las mismas libertades que los franceses no tenían inconveniente en tolerarles, se encontraron con que sus modales eran poco agradables.

«Peor les pareció todavía cuando de allí á poco fueron echados á palos de las casas donde hasta entonces habían entrado tan libremente como en sus propias cabañas. No pudieron adoptar mejor partido que alejarse, y en lo sucesivo nada los ha ligado tanto como los intereses de la Francia como la diferencia de modales y de carácter de los pueblos que han visto venir á establecerse en su país. Los misioneros supieron aprovecharse de esa impresión para hacerles conocer la verdadera religion, é inspirarles afecto á la nación francesa.»

Los franceses no tratan de civilizar á los salvajes;

esa es una obra demasiado costosa; prefieren convertirse ellos mismos en salvajes. Los bosques no tienen cazadores mas diestros, ni guerreros mas intrépidos. Se les ha visto soportar el tormento de la hoguera con una constancia que admiraba á los mismos iroqueses, y alguna vez se han mostrado tambien por desgracia tan bárbaros como sus mismos verdugos. ¿Será tal vez que los extremos del círculo se unen y que el último grado de civilizacion, así como el de la perfeccion del arte están en próximo contacto con la naturaleza, ó podrá decirse que una especie de talento universal ó una extremada movilidad de costumbres, es lo que hace á los franceses idóneos para toda clase de climas y todo género de costumbres? De todas maneras, el francés y el salvaje tienen la misma bravura, la misma indiferencia de vida, la misma impresion del día de mañana, el mismo odio del trabajo, la misma facilidad en cansarse de los bienes que poseen, la misma constancia en la amistad, la misma veleidad en amor, y la misma aficion al baile, á la guerra, á las fatigas de la caza y á los placeres del festin. Esas analogías de carácter entre los franceses y los salvajes, establecen entre ellos grandes relaciones, y convierten fácilmente el hijo de París en un *corredor de bosques*, (canadiense).

Mr. Mackensie fue remontándose por el río de la Paz con esos francos-salvajes, y en tanto describió de esta manera la hermosura de la naturaleza que le rodeaba.

«Desde el sitio donde habíamos partido aquella mañana hasta allí, la ribera occidental presentaba el paisaje mas hermoso que he visto. El terreno se va elevando por mesetas á una altura considerable, y se extiende á muy grande distancia. Entre cada meseta se ven pequeños espacios suavemente inclidados y entrecortados de rocas perpendiculares que se elevan hasta la última cima, ó por lo menos hasta donde la vista puede seguirlos. Este magnífico espectáculo está decorado de toda especie de árboles y lleno de cuantos géneros de animales puede producir el país. Grupos de álamos varían la escena, y en sus intervalos andan paciendo manadas de búfalos y de dantas. Estos últimos buscan las alturas y los sitios escarpados; y los búfalos prefieren la llanura.

«Al atravesar yo esa comarca era la estacion en que las hembras de los búfalos estaban rodeadas de sus cachorros, y las otras se hallaban próximas al último periodo de gestacion. Toda la campiña estaba adornada de la mas espléndida verdura; los árboles que tenían flores estaban prontos á abrirlas, y reflejando entre el aterciopelado de sus ramas los rayos oblicuos del astro del día, aumentaban la magnificencia del espectáculo hasta un punto que no es posible describir.»

Esos paisajes, en forma de anfiteatro, son muy comunes en América. En las inmediaciones de Apalachuela, en las Floridas, el terreno desde el río de Chata-Uche se va elevando gradualmente y se remonta en el aire retirándose al horizonte; pero no en una forma ordinaria como la de un valle, sino escalonándose por ramblas como un jardín artificial de algun poderoso magnate. Esas ramblas están cubiertas de árboles diversos, á cuyo pie serpentean multitud de arroyos, salpicando de blanca espuma el río césped, ó cayendo, cuando reflejan la luz del sol, como hebras de oro de lo alto de las rocas. Al descubrir desde el borde del río esa magnífica gradería y la cima de rocas que la coronan ocultándose en las nubes, podría creerse que se está viendo el capitel de las columnas del templo de la naturaleza, y la magnífica escalinata que debe conducir á su recinto.

El viajero llegó al pié de las Montañas Pedregosas, y se internó en sus revueltas. Multiplicanse los obstáculos y peligros: unas veces tiene que trasportarse por tierra el bagaje para evitar cataratas, ó rápidas, y

otras se tiene que vencer la violencia de la corriente arrastrando penosamente la canoa con una cuerda.

Dejemos hablar al mismo Mr. Mackensie.

«Cuando la canoa volvió á estar cargada, yo y mis compañeros, que no tenían necesidad de embarcarse, seguimos marchando por la orilla del río... Hallábase tan elevado sobre el nivel del agua, que los que conducian la canoa y estaban doblando una punta, no me oyeron, cuando con toda la fuerza que podía, les gritaba que la aligerasen.

«Mucha fue mi ansiedad al considerar de cuán poco dependia el éxito de mi espedicion. La ruptura de la cuerda, ó un paso dado en falso por los que tiraban de ella, nos habria costado perder la canoa con todo el equipaje. Afortunadamente salvé aquel escollo sin contratiempo; pero fue para volver á correr nuevos peligros. De lo alto de las rocas estaban sin cesar cayendo piedras de varios tamaños, de manera que los que iban tirando de la cuerda de la canoa por debajo de aquellas rocas, corrian el mayor riesgo, y otras veces la rápida inclinacion del terreno los esponia á caer en el río. Al verlos me estremecía, y cuando los perdía de vista, se aumentaba mi inquietud.»

Todo el tránsito de Mr. Mackensie por las montañas pedregosas, está lleno del mayor interés. Unas veces tiene que ir derribando maleza para abrirse paso, y otras se ve en la precision de saltar de roca en roca con grave peligro de su vida, sustentando en sus hombros algunos de los compañeros. La cuerda se rompe; la canoa se estrella contra unos peñascos; los salvajes se desaniman y se niegan á pasar adelante.

En vano Mr. Mackensie se estravía en el desierto para descubrir paso al río del Oeste: algunos disparos de fusil, que con espanto oye resonar en aquella soledad, creyendo indicar la aproximacion de salvajes enemigos, aumentan lo angustioso de su estado. Trepa á un elevado álbol, pero nada ve en derredor mas que montes coronados de nieve dominada por algunos álamos marchitos y bosques que se prolongan sin fin.

Nada mas triste que el aspecto de aquellos bosques, vistos desde la cima de las montañas en el nuevo mundo. Los valles que acabais de atravesar, y que dominais desde aquella altura, se os presentan como las ondulaciones del mar despues de una desecha tormenta. Cuanto mas se alejaban, mas parecen disminuir de anchura; las mas inmediatas son de un color verde rojizo, las que siguen presentan un ligero tinte azul, y las últimas forman zonas paralelas de azul celeste.

Mr. Mackensie baja de su árbol, y trata de reunirse con sus compañeros; no encuentra la canoa, dispara varias veces el fusil, pero nadie contesta á sus señales. Va, viene, sube, baja á lo largo del río, y por fin encuentra á sus compañeros, pero es despues de haber pasado veinte y cuatro horas de angustias y de mortales inquietudes. No tardó en encontrarse con algunos salvajes, que al ser preguntados aparentaron por de pronto ignorar la existencia del río del Oeste; mas por último, un anciano seducido por las caricias y regalos de Mr. Mackensie le dijo, indicando con la mano la márgen del río de la Paz.

«No hay que atravesar mas que tres pequeños lagos y hacer otras tantas jornadas para llegar á un río pequeño que desagua en el grande.»

Calcúlense los arrebatos de alegría del viajero al recibir tan feliz noticia. Díose prisa á embarcarse con un indio que se comprometió á servirle de guia hasta el río desconocido. No tardó en dejar el río de la Paz para entrar en otro menos caudaloso que sale de un lago inmediato, y atravesando de lago en lago, de río en río, y despues de un naufragio y otros contratiempos, llegó por último el 18 de junio de 1793, al Ta-coutche-Tessé ó río Colombia, que lleva sus raudales al Océano Pacífico.

«Entre dos cordilleras de montañas se extiende un soberbio valle sembrado de bosques de álamos, cedros y abetos. Sobre esos bosques se remontan columnas de humo que revelan al viajero la existencia de los invisibles habitantes de aquellos desiertos. Las arcillas blanca y encarnada de que se compone el terreno que forma la vertiente de una montaña, parecen á cierta distancia ruinas de antiguos castillos. El río Colombia pasa por medio de aquel delicioso retiro, y en las numerosas islas que dividen el curso de sus aguas, se ven grandes cabañas medio ocultas entre el ramaje, en donde los naturales vienen á pasar los días de verano.»

Habiéndose presentado algunos salvajes en la orilla del río, el viajero se acercó á ellos, y consiguió que le dieran algunas noticias.

«Este río, le dijeron, cuyo curso es de mucha extensión, se dirige hácia el sol de Mediodía, y segun creemos, en su embocadura han construido casas los hombres blancos. Sus aguas corren con impetu siempre igual; pero hay tres sitios en que las cascadas y las corrientes extremadamente rápidas interceptan la navegacion. En esos tres parajes se precipitan las aguas desde rocas del todo perpendiculares, y mas altas y escarpadas que la parte mas elevada del río, y además de esas dificultades de la navegacion hay que combatir con los diversos habitantes de sus orillas que son muy numerosos.»

Estos pormenores suscitaron grandes dudas en Mr. Mackensie y desalentaron á sus compañeros; sin embargo, ocultó cuanto le fue posible su inquietud, y siguió todavía durante algun tiempo el curso de las aguas. Al fin encontró unos indígenas que confirmaron los detalles dados por los anteriores; pero añadieron que si dejaba el río y caminaba derecho hácia Poniente al través de los bosques, llegaría en pocos días al mar por un camino muy cómodo y muy conocido de los salvajes.

Mr. Mackensie se resolvió á tomar en el acto ese camino. Se remontó por el río hasta encontrar el desagüe de un riachuelo que le habían indicado, y dejando allí su canoa, se internó en el bosque bajo la fe de un salvaje que le servia de guia, y que por el menor capricho podia entregarlo á hordas enemigas ó abandonarlo en medio de los desiertos.

Cada canadiense de los que acompañaban al viajero traía sobre sí un peso de noventa libras además del fusil y las municiones. El mismo Mr. Mackensie llevaba un fardo de víveres y de quincalla que pesaba setenta libras, las armas y un antejo de larga vista.

La necesidad, el cansancio, ó una indefinible confianza que suele inspirar el familiarizarse con los peligros, disiparon toda inquietud en los viajeros. Despues de largas jornadas de marcha entre bosques y malezas, expuestos unas veces á un sol abrasador, y otras casi inundados por la lluvia, se entregaban durante la noche á un sueño tranquilo en tanto que los indios repetían sus monótonos cantares.

«Estos, segun dice Mr. Mackensie, consistian en sonidos dulces, melancólicos, de una melodía bastante agradable y algo parecida al canto de la Iglesia.»

Cuando el viajero se despierta bajo un árbol durante la noche en los desiertos de América, y oye el lejano concierto de algunos salvajes, interrumpido por largas pausas y por el murmullo de los vientos en el bosque, nada puede darle una idea mas exacta de aquella música aérea de que habla Ossian, y que los bardos que han fallecido hacen resonar en las cumbres del *Himora* á los pálidos rayos de la luna.

No tardaron nuestros viajeros en llegar á unas tribus indias, de las cuales Mr. Mackensie cita rasgos muy interesantes. Vió una mujer casi ciega y abrumada de vejez, que alternativamente era llevada en hombros por sus parientes, porque no podía andar.